

Le dijo á Hildebrando : « Decid á los míos que se armen pronto ; quiero ir yo mismo. Decidles que me traigan mi brillante armadura de combate : quiero preguntar yo mismo á los héroes de Borgoña. »



El maestre Hildebrando le respondió : « ¿ Quién irá con vos ? Todos los que tenéis vivos , los véis á vuestro lado : yo soy el último de ellos ; los demás han muerto. » Se aterró con esta noticia y tenía motivos para ello ,

pues nunca en la tierra sintió tan amarga pena. Exclamó : « ¡ Si todos mis hombres han muerto , es que Dios abandona al infortunado Dietrich ! Yo era un rey rico , noble y elevado. »

Dietrich añadió : « ¿ Cómo ha podido ser que los hayan matado á todos esos héroes cansados del combate y reducidos al último extremo ? ¡ Si no me persiguiera la desgracia aun no habrían muerto !

« Ya que la suerte no me ha querido ayudar , decidme al menos , ¿ vive aún alguno de esos extranjeros ? » El maestre Hildebrando respondió : « Dios sabe que no viven más que Hagen y el altivo rey Gunter. »

« ¡ Oh ! ¡ querido Wolfhart , á quien he perdido ! nunca sentiría el haber dejado de nacer. Siegstab , Wolfwein , y también Wolfbrand ; ¿ quién me ayudará ahora en el país de los Amelungos ?

« Helferic el fuerte ha sido muerto también , ¿ cómo lloraré á Gerbart y á Wichart ? Hoy es mi último día de alegría. ¡ Oh ! ¡ triste de mí ! ¡ qué nadie pueda morir de dolor ! »

XXXIX.

DE COMO MURIERON GUNTER , HAGEN Y CRMILDA.

El mismo señor Dietrich cogió su armadura que le ayudó á ceñirse el viejo Hildebrando. Aquel fuerte hombre lloraba , y su voz hacia retumbar todo el palacio.

Pronto recobró toda su energía el valeroso guerrero , y el buen héroe se armó dominado por la cólera : embrazó el escudo y marcharon juntos él y el maestre Hildebrando.

Hagen de Troneja dijo : « Veo que se acerca el señor

Dietrich : querrá luchar con nosotros por los grandes pesares que le hemos causado. Ahora podremos decidir cual de los dos es más valiente. »

« Aun cuando el guerrero Dietrich de Berna fuera más fuerte y más terrible, si quiere vengar en nosotros sus penas, » añadió Hagen, « le haré frente con denuedo. »

Estas palabras las escucharon Dietrich y el maestre Hildebrando. El fué á buscar á los dos guerreros que estaban apoyados en el muro fuera de la sala. Dietrich puso á sus piés su buen escudo.

Dominado por el dolor y por el cuidado, dijo Dietrich. « ¿Por qué has obrado así en contra mía, rey Gunter, cuando no soy de este país? ¿Qué os hice yo para que me hayáis dejado solo y sin ningún consuelo? »

« No ha sido bastante para vos matar á Rudiguero el valeroso héroe en esta espantosa lucha, sino que también habéis matado á todos mis hombres. Nunca os hice yo sufrir penas semejantes. »

« Pensando en vosotros mismos, en vuestros pesares, en vuestros amigos muertos en este combate, debéis sentir el alma rota, buenos héroes. ¡Cuánto me aflige á mí la muerte de Rudiguero! »

« Tan fuerte pesar nadie lo tuvo en el mundo. Vosotros no habéis pensado en vuestra pena ni en la mía. Aquí yacen muertos todos mis amigos : nunca lloraré bastante la pérdida de mis deudos. »

« Nosotros no somos los culpables, » respondió Hagen, « á este palacio han venido vuestros guerreros en gran tropel y fuertemente armados. Me parece que no te han dado las noticias con verdad. »

« ¿A quién debo creer? Hildebrando me ha dicho que mis guerreros Amelungos os han pedido que les dejáis sacar del palacio el cuerpo de Rudiguero : y vosotros habéis respondido á los míos con burla. »

El rey del Rhin dijo : « Querían llevarse de aquí el cuerpo de Rudiguero : yo se lo negué en odio á Etzel, no por los vuestros, y entonces Wolfhart comenzó á insultarnos. »

El héroe de Berna replicó : « Así tenía que suceder. Gunter, noble rey, por tu virtud, repara la pena que en

el corazón me has causado. Concede una compensación, fuerte caballero, para que te lo perdone. »

« Entrégate prisionero con Hagen tu vasallo : yo te defenderé aquí entre los Hunos, de modo que nadie os ofenda ni cause agravio. Solo encontraréis en mí bondad y buena fé. »

« No permita el Dios del cielo, » respondió Hagen, « que se entreguen á tí dos guerreros que bien armados pueden defenderse todavía con valor y que marcharán con la frente alta hacia el enemigo. »

« No debéis despreciar mi ofrecimiento, Gunter y Hagen », añadió Dietrich. « Los dos habéis causado tan grandes tribulaciones á mi corazón, que obraríais bien si me compensarais. »

« Os doy mi palabra, y mi mano os lo jura, que iré con vosotros hasta vuestro país. Os acompañaré con honor, ó sufriré la muerte y por vosotros daré al olvido mi desgracia. »

« No pedirlo más » replicó Hagen. « No nos conviene que se diga que dos tan fuertes guerreros, se han entregado á vuestra mano, pues solo os acompaña Hildebrando. »

El maestre Hildebrando, dijo : « Dios sabe, señor Hagen, que la paz que el señor Dietrich os ofrece, llegará un momento en que la echéis de menos : debíais aceptar la composición que os pide. »

« Yo aceptaría esa paz », le respondió Hagen, « antes que huir, como un mal guerrero, del campo del combate, según vos lo habéis hecho, maestre Hildebrando. Por mi fé, creí que erais hombre más valeroso. »

El maestre Hildebrando, le respondió : « ¿Por qué me insultáis? ¿Quién permaneció sentado en Wasgensteine, sobre su escudo, mientras Walter de España le mataba muchos de sus parientes? Hay mucho que decir acerca de vos. »

El noble Dietrich, dijo : « ¿Cuando se ha visto á los héroes cambiar palabras como á las viejas? Os prohibo, maestre Hildebrando, que habléis más. Gran dolor me aflige fuera de mi patria. »

« Déjame oír, amigo Hagen, » añadió Dietrich, « lo

que decíais entre vosotros, guerreros valerosos, cuando me habéis visto venir armado. Decíais que ambos lucharíais conmigo en un combate.»

«Nadie os lo negará», contestó Hagen el esforzado, «quiero sostener el combate con fuertes golpes á menos que no me falte la espada del Nibelungo: indignado me tiene que me hayáis solicitado como prisionero.»

Cuando Dietrich conoció la horrible disposición en que Hagen se encontraba, el buen guerrero abrazó el escudo. ¡Con cuánta rapidéz bajó Hagen los escalones á su encuentro! La buena espada del Nibelungo, cayó con fuerza sobre Dietrich.

El señor Dietrich sabía que aquel hombre esforzado estaba de humor sombrío. El noble héroe de Berna se defendió bien de los golpes que le asestaba. Conocía bien á Hagen, al soberbio héroe.

Temía á la Balmung, la terrible espada, pero Dietrich esgrimió tan certeros golpes, que logró vencer á Hagen en el combate. Le infirió una herida ancha y profunda.

El noble Dietrich pensó: «Mirate en peligro; poco honroso sería para mí darte muerte. Quiero ver si te cojo y te llevo prisionero.» Esto lo hizo con mucho cuidado.

Dejó caer el escudo; su fuerza era grande y cogió en sus brazos á Hagen: de este modo pudo domeñar á tan fortísimo hombre. Gunter el noble, al ver aquello, rompió á llorar.

Dietrich amarró á Hagen llevándolo hacia Crimilda en cuyas manos dejó al más fuerte guerrero que había ceñido espada. Después de tan grandes dolores, ella se sintió alegre.

De alegría se inclinó ante el héroe, la esposa del rey Etzel. «Sed siempre dichoso de cuerpo y alma; tú me has dado consuelo en mi desgracia, te estaré agradecida hasta la muerte.»

El noble Dietrich, le contestó: «Es menester conservar la vida, noble reina, tal vez con sus servicios llegue á compensar todo el daño que os ha causado: es menester que no sufra porque os lo entrego amarrado.»

Hizo llevar á Hagen á un calabozo, donde nadie podía



verlo : Gunter, el noble rey, comenzó á gritar : « ¿ A dónde ha ido el héroe de Berna? El me ha causado gran pena. »

Fué á donde él estaba el señor Dietrich de Berna. La fuerza de Gunter era grande y digna de un caballero ; sin esperar más tiempo se precipitó fuera de la sala. Al chocar sus dos espadas se escuchó gran ruido.

Aunque desde hacía mucho se tenía en gran estima el valor de Dietrich , Gunter estaba tan animado por la cólera en el combate , sentía tanto odio en el corazón hacia el guerrero, que fué una maravilla que el señor Dietrich se escapara.

Bravos y fuertes eran los dos ; á sus golpes retemblaron el palacio y las torres y los cascos se bollaban con las espadas. El señor Gunter tenía , en verdad , un ánimo esforzado.

Sin embargo, el de Berna lo venció como había vencido á Hagen : se vió correr la sangre por debajo de la coraza á causa de un fuerte tajo dado con la acerada espada que llevaba Dietrich. El señor Gunter, se había defendido allí de una manera caballeresca.

El rey fué amarrado por Dietrich de un modo tal , que nunca un príncipe sufrió nudo semejante. Pensaba temeroso que si dejaba libre á Gunter y á su vasallo , matarian á cuantos encontraran.

Dietrich de Berna lo cogió de la mano y lo llevó á donde Crimilda estaba. La reina se hallaba de un humor sombrío y exclamó : « Rey Gunter , sed muy bien venido. »

Él le contestó : « Os doy las gracias, muy querida hermana mía , si ese saludo me lo dirigís con buena fé. Sé, reina, que tenéis tan sangrientos designios, que á Hagen y á mí no podéis hacer sino irónicos saludos. »

El héroe de Berna dijo : « Reina elevada , nunca han sido hechos cautivos mejores guerreros que los que ahora os entrego , noble señora. Creo que por afección á mí seréis buena con los extranjeros. »

Ella respondió : « que lo sería. » El señor Dietrich se alejó de los fuertes guerreros con las lágrimas en los ojos. La esposa de Etzel se vengó horriblemente ; quitó á los buenos guerreros la vida.

Para atormentarlos los encerró separados, y en la vida no se volvieron á ver los héroes, sino cuando ella llevó á Hagen la cabeza de su hermano. La venganza de Crimilda fué terrible.



La reina fué á donde Hagen estaba, y dijo al guerrero con colérico acento: «Si me devolvéis lo que me habéis robado, os dejaré ir con vida al país de Borgaña.»

El terrible Hagen le respondió: «Tu ruego es perdido, muy noble reina. He jurado no decir donde se encuentra el tesoro, por larga que sea mi vida, en tanto que viva uno de mis señores.»

«Iré hasta el fin», dijo la noble reina, y mandó que cortaran la cabeza á su hermano. Cortáronla y trajéronla de los cabellos á

donde estaba el héroe de Troneja. Aquello fué para él terrible dolor.



Cuando el valiente vió la cabeza de su señor, dijo á Crimilda: «Has llegado hasta el fin, como era tu voluntad, y ha sucedido todo lo que yo había pensado.»

« Ahora ya está muerto el noble rey de Borgoña, Geiselher el joven y también el señor Gernot. Nadie sabe donde está el tesoro sino Dios y yo: tú, mujer de los demonios lo ignorarás siempre. »

Ella le dijo: « Mal has reparado el mal que me has hecho, pero quiero conservar al menos la espada de Sigfrido. Mi amado la llevaba la última vez que lo vi, y su muerte me ha hecho sufrir más que mis otros males. »

Ella se la sacó de la vaina sin que pudiera evitarlo. Quería quitar la vida al guerrero y esgrimiéndola con ambas manos le cercenó la cabeza. Esto lo vió el rey Etzel y sufrió un gran pesar.

« ¡ Oh ! » exclamó el rey, « ¡ cómo ha sido asesinado por manos de una mujer, el más valeroso héroe que se lanzó en los combates y embrazó escudo ! Por enemigo suyo que fuera, lo siento mucho. »

El maestre Hildebrando dijo: « No gozará del placer de haberlo matado, y aunque él me tuvo en grandísimo peligro, quiero vengar la muerte del héroe de Troneja. »

Colérico Hildebrando, saltó hacia Crimilda y descargó sobre la reina un fuerte tajo con la espada. Terrible fué para ella la cólera del guerrero; ¿ de qué podían servirle sus desgarradores gritos ?

Por todas partes se veían cadáveres, y allí estaba también la reina en dos pedazos. Dietrich y Etzel comenzaron a llorar; lamentaban la pérdida de sus parientes y guerreros.

Allí yacían muertos los valerosos héroes; la gente estaba afligida y pesarosa. La fiesta del rey acabó de una triste manera, pues muchas veces el amor termina con desgracia.

No puedo deciros lo que sucedió después, sino que cristianos y paganos lloraron, y que estaban en la mayor aflicción caballeros, mujeres y muchas hermosas vírgenes.





NOTAS

En nuestro deseo de presentar á los lectores el poema, con la mayor fidelidad, hemos conservado exactamente la ortografía de los nombres propios; siendo poco general aun en nuestro país el conocimiento de la lengua alemana, creemos necesario hacer algunas observaciones acerca del valor fonético de sus consonantes. La H es siempre aspirada y equivale á nuestra J: la G es suave en todos los casos: la W debe pronunciarse como nuestra V y la V como si fuera F. Así pues nombres como *Gernot*, *Geiselher* y *Hagen* deberán leerse GUERNOT, GUEISELHER y JAGUEN: *Volker*, FOLQUER.

En el texto original las divisiones del poema van marcadas con números romanos sin enunciado alguno. Sin embargo lo mismo Sinrock (Ed. Cotta 1880) que Junghaus (Ed. Leipzig 1876.) emplean para cada una de ellas la palabra ABENTEUER (aventura) que nosotros hemos omitido ateniéndonos á más antiguas ediciones.